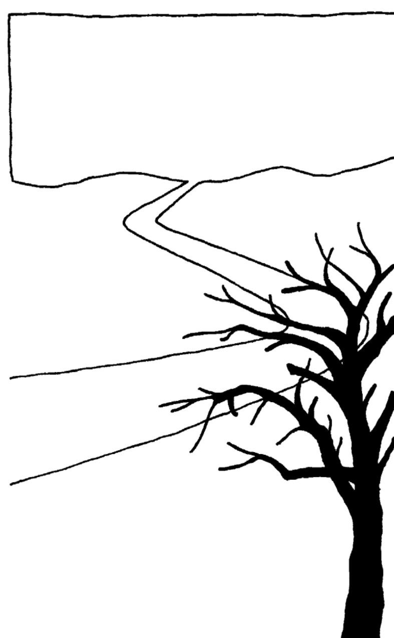
Historia de la verdad bíblica



EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

“Historia de la verdad bíblica”

de Rene Mostrenco

Sobre la traducción

de las Sociedades Bíblicas Unidas

Indice

Resumen	3
Introducción	3
Advertencia	4
Después de la lluvia	5
La gran entrada en Egipto	8
La ley del desierto	10
Una tribu sagrada	14
El ejército del Señor	16
La identidad de los israelitas	18
Referencias	23

Edición

Rene Mostrenco

www.elbozaldelalogica.blogspot.com

elbozaldelalogica@gmail.com

Resumen

Lo que Moisés le propone al pueblo de Israel, a los descendientes de Jacob, hijo de Isaac, nieto de Abraham, en su segundo discurso en las llanuras de Moab, previo a la intervención del ejército del Señor en la Tierra Prometida, es que pongan en su corazón la marca de la alianza, que circunciden el prepucio de su corazón. Esto es la invasión de la ley, de la instrucción, de la moral del Estado eclesiástico, en el entendimiento propio de una y cada una de las personas, ese mismo entendimiento propio al que siglos más tarde Max Stirner nombraría, por así decirlo, como "el único", y Michel Foucault, también a su modo, como "el uno mismo". A esa obediencia al mandato bíblico, a la voluntad general del Señor y de sus instrumentos en la tierra, los libros sapienciales de las sagradas escrituras la denominan sabiduría, y a la búsqueda de una verdad propia, necedad. Todos los esfuerzos teóricos de Jesucristo y del apóstol Pablo van en esa dirección, universalizando y sacralizando esa gran verdad absoluta, así como lo hacen también las filosofías humanistas de la Ilustración y los tratados del derecho internacional de las Naciones Unidas, que hasta hoy día controlan, desde lo alto de un viejo monte, todos nuestros pensamientos. La intención de este estudio es señalar en los libros de la Biblia uno de los orígenes fundamentales de semejante imposición y, a la vez, reivindicar para una y cada una de las personas la libertad de ser todo lo necias que quieran y también de rechazar, si así lo desean, su legítimo derecho humano a la sabiduría.

Introducción

Hay estudios bíblicos que pretenden descubrir lo que consideran la verdadera historia de lo que en la Biblia se da a conocer de un modo supuestamente falso. En el caso de mi estudio, por el contrario, la intención es mostrar cuál es la verdad según la Biblia misma, para saber esa verdad y poder pensarla. No sólo la verdad desde el punto de vista jurídico, es decir, la concepción del bien y del mal que impone la ley, sino principalmente la verdad desde el punto de vista histórico, es decir, el relato de los acontecimientos en ese contexto.

Habría que señalar también a qué verdad se está haciendo referencia en el título de este estudio de la Biblia, y para ello voy a dar como ejemplo uno de los libros más leídos de la historia de la literatura, "El principito" de Saint-Exupéry. Si yo dijera que el principito mató a la serpiente, que se la comió asada y que finalmente volvió satisfecho a su asteroide, claramente estaría mintiendo. Todo libro tiene su verdad propia, y más allá de las interpretaciones subjetivas que cada lector logre hacer de lo leído, podemos convenir en ciertos aspectos concretos de lo que ahí está escrito. Hay un concepto de verdad que pertenece a la propia naturaleza de cada texto y que no es el mismo concepto de verdad que habitualmente se asocia con el de realidad. Si yo digo, volviendo al ejemplo anterior, que en verdad la serpiente picó al principito y que este murió en el desierto, con ello no estoy afirmando también la existencia real de un principito que vivía en un asteroide cuidando una rosa y arrancando las malas hierbas de raíz para que no le invadan el territorio. Me estoy refiriendo entonces a lo que verdaderamente está escrito ahí en la Biblia y no a lo que realmente sucedió entre los orígenes del mundo y el primer siglo después de Cristo. Y es necesario, en esta ocasión, dar a conocer los acontecimientos tal y como están escritos en la Biblia, no sólo porque son el objeto de mi estudio sino además por la cantidad de versiones alternativas que transmiten constantemente los medios de comunicación, lo que sin dudas complicaría mis intenciones. Por ejemplo, en la película de animación "El príncipe de Egipto" de la empresa DreamWorks, que relata la his-

toria de Moisés y del Éxodo del pueblo del Señor, se ven varios sucesos importantes presentados de una manera distinta a como están escritos en el libro Éxodo del Antiguo Testamento, que aparentemente sería la fuente de información en la que se basaron los realizadores de la película. La infancia de Moisés, el vínculo entre su madre, su hermana y la hija del Faraón, la conciencia racial de Moisés y su relación con las autoridades egipcias, el papel de su hermano Aarón en la liberación de los israelitas, y aun la fallida presentación de las tablas de la ley ante un pueblo infiel, se muestran de un modo en el libro y de otro modo en la película. Considerando que mi estudio está centrado en las sagradas escrituras y no en los guiones de Hollywood, y considerando la posibilidad de que algunos de los millones de espectadores que vieron esta película, u otras semejantes, no hayan tenido la oportunidad de comprobar la información en las páginas de la Biblia, ya sean creyentes en el Señor o en teorías más científicas, es para mí fundamental exponer primeramente los verdaderos acontecimientos bíblicos para luego sí generar mis cuestionamientos.

La edición está dividida en párrafos con sentido propio, como unidades de contenido, que tienen el formato bíblico de capítulos y versículos. Y me tomé especialmente el trabajo de buscarle a cada una de esas unidades de contenido su referencia en la Biblia, o sea, la fuente de información de donde surge ese dato que estoy señalando, porque me encontré con muchas cosas comúnmente desconocidas y pensé que si no dejaba al menos señalada la referencia bíblica correspondiente iban a creer que estaba delirando y escupiendo falsedades como un demonio. Por eso, se encuentran en la última página las respectivas referencias bíblicas de cada cosa que se va diciendo para que cualquiera pueda indagar en dicha fuente de información y verificar el testimonio, considerando los capítulos y los versículos de cada uno de los seis libros de mi estudio, "Historia de la verdad bíblica".

Dice Ismael Meribá que "si hay algo peor que obedecer ciegamente al Señor es llegar a cumplir casi todas sus órdenes creyendo renegar de su palabra".

Se viene operando, desde hace tiempo, una restauración de las leyes del Señor, en ocasiones mediante el culto a su existencia pero también a través de filosofías no específicamente religiosas que, sin embargo, terminan obedeciendo las normas morales del dios único del pueblo de Israel, introducido en el territorio europeo por los apóstoles cristianos a partir del primer siglo de la nueva era y por los conquistadores católicos en el territorio americano a partir del siglo 16 después de Cristo.

¿Para negar a Dios es suficiente con afirmar la teoría de la evolución de las especies? Por otro lado, ¿para adorar al Señor, basta con saber que es amor, que vive en el cielo, y que inventó el mundo en seis días y después descansó? ¿Por qué no conocer en profundidad la historia de la verdad bíblica para luego decir que sí o que no en base a fundamentos más sólidos?

Advertencia

Las traducciones de los textos originales de la Biblia son muchísimas, y este estudio de las sagradas escrituras toma como referencia a una de tantas otras; pero al parecer, las diferencias conceptuales entre la visión de los distintos intérpretes son muy importantes y han dado lugar a profundas discusiones a lo largo de los siglos; sin embargo, más allá de dichas sutilezas, el desarrollo de los acontecimientos es el mismo en todas las versiones, y es en la lógica de este relato donde se concentra el presente cuestionamiento.

Rene Mostrenco

Después de la lluvia

1 [1]¿Qué fue lo que pasó después de la lluvia? Lo que pasó antes ya es bien sabido: un dios único y todopoderoso creó el mundo y todo lo que hay en él, incluida la humanidad;

[2]luego, esta humanidad incumplió la orden de este dios de no comer de un fruto que le podía dar tanta sabiduría como la del dios mismo, y este dios castigó a esta humanidad con la capacidad de morir y el hábito de la agricultura.

[3]Para ese momento aún no había leyes, ni un bien y un mal establecidos;

[4]a pesar de eso, este dios, en adelante el Señor, vio que era demasiada la maldad del hombre en la tierra y que este estaba siempre pensando en hacer lo malo, y decidió destruirlo;

[5]para ello inundó, con un diluvio, la tierra durante 5 meses, pero primero eligió a un hombre, a Noé, el único que vivía de acuerdo con su voluntad, que tampoco estaba explícita todavía, y le hizo construir un arca con la que pudo salvar su vida y la de toda su familia.

[6]Cuando bajaron las aguas, el arca encalló en las montañas de Ararat, en el territorio de la actual República de Armenia, y salieron del arca Noé con su esposa, sus hijos y sus nueras.

2 [1]Los hijos de Noé fueron tres: Sem, Cam y Jafet.

[2]Para entender los acontecimientos posteriores, o mejor dicho la justificación de dichos acontecimientos, entre los descendientes de los hijos de Noé, habría que hacer referencia a una anécdota aparentemente trivial y sin mucho sentido:

[3]un día Noé se emborrachó y quedó tirado desnudo en su tienda de campaña;

[4]su hijo Cam, padre de Canaán, lo encontró y fue a dar aviso a sus hermanos;

[5]Sem y Jafet tomaron una capa y cubrieron a su padre, evitando ver su desnudez;

[6]finalmente, cuando Noé se enteró de lo sucedido, maldijo a Canaán, hijo de Cam, y lo predestinó a ser esclavo de Sem y de Jafet.

[7]A grandes rasgos, Sem se fue a vivir a la Mesopotamia, a los alrededores de los ríos Tigris y Éufrates, Cam se asentó en la Palestina, al este del mar Mediterraneo, y Jafet, en las tierras al sur del mar Negro.

3 [1]Después de 8 generaciones, casi 400 años más tarde, un descendiente de Sem, de nombre Térah, que vivía en la ciudad de Ur, justo en la confluencia del Tigris con el Éufrates, al sudeste de la ciudad de Babilonia, decidió viajar a la Palestina, conocida entonces como la tierra de Canaán, por haber sido este el hijo de Cam, y se llevó con él a su hijo Abram y a su nuera;

[2]a mitad de camino, en la ciudad de Harán, se detuvieron y se quedaron a vivir ahí hasta que Térah murió.

[3]En esa ciudad, el Señor, aquel dios de Noé y de la creación del mundo, se apareció ante el hijo de Térah, Abram, y le dijo que dejara la casa de su padre para ir a una tierra en la que, con sus descendientes, formaría una gran nación;

[4]Abram obedeció al Señor y se llevó consigo a su esposa, con todo lo que tenían y la gente que habían adquirido en Harán.

[5]Es de importancia resaltar que la propiedad de personas, es decir la esclavitud, es una costumbre totalmente naturalizada a lo largo de todas las sagradas escrituras.

[6]Ya en la tierra de Canaán, Abram construyó altares al Señor en las ciudades de Siquem y Betel, y el Señor se le volvió a aparecer y le confirmó que esa tierra se la iba a dar a su descendencia.

4 [1]Ante una gran escasez de alimentos en esa región, Abram decidió irse a Egipto;

[2]las tierras de Canaán eran regadas por las lluvias, y en tiempos de sequía solía faltar para comer, pero en Egipto eran las crecidas periódicas del río Nilo las que inundaban los cultivos y aseguraban las cosechas.

[3]Por miedo a que lo mataran para quedarse con su esposa, que al parecer era muy bella, Abram dijo que era su hermana, que por

otra parte era cierto puesto que eran hijos del mismo padre;

4 cuando la vieron los funcionarios del faraón la llevaron a la corte en el palacio, y el faraón trató muy bien a Abram y le regaló ovejas, vacas, esclavos, esclavas, asnos y camellos;

5 pero por esto, el Señor castigó al faraón y a su familia con grandes plagas, y el faraón, informado de la cuestión, le ordenó a Abram que tomara a su esposa y a todas sus cosas, y que se fuera.

5 1 Abram volvió así a la tierra de Canaán donde el Señor, en una visión, le prometió una gran recompensa;

2 pero Abram le señaló que esa recompensa no tendría a quien dejársela, ya que nunca había tenido hijos;

3 y el Señor, en respuesta, le aseguró que su descendencia iba a ser tanta como las estrellas del cielo.

4 La esposa de Abram no había podido nunca quedar embarazada, y por eso le pidió a su esposo que se uniera con su esclava egipcia Agar para que ella le diera un hijo, y así nació Ismael.

5 Entonces, el Señor hizo una alianza con Abram: le cambió el nombre por el de Abraham, con una hache intermedia, y le dijo que sería el padre de muchas naciones, que él siempre sería su dios y el dios de sus descendientes, que a ellos les daría la tierra de Canaán en herencia para siempre, y que para cumplir con esa alianza, todos los varones, a los 8 días de su nacimiento, como también los esclavos comprados por dinero a cualquier extranjero, debían ser circuncidados, es decir que se les debía cortar el prepucio, para que esta alianza quedara señalada en la carne para toda la vida, y que los que así no lo hicieran fueran eliminados de entre ellos.

6 Abraham, su hijo Ismael, los siervos nacidos en la casa y los esclavos comprados a extranjeros cumplieron, y fueron circuncidados.

6 1 Al fin, el Señor bendijo a Sara, la esposa de Abraham, con un hijo propio llamado Isaac, que fue el preferido y el heredero de Abraham.

2 Pero cuando Isaac todavía era un niño, el Señor puso a prueba la fe de Abraham y le ordenó que ofreciera en sacrificio a su amado hijo;

3 Abraham, pese a todo, decidió obedecer, y cuando estaba a punto de ejecutar el mandato, un ángel del Señor desde el cielo lo llamó y le dijo que no le hiciera daño al muchacho, que ya había comprobado su fidelidad;

4 también le juró, por no haberle negado a su hijo, que todas las naciones del mundo serían bendecidas por medio de sus descendientes, y que ellos siempre vencerían a sus enemigos.

7 1 Antes de morir, Abraham debía conseguirle a Isaac una esposa que fuera de su propia familia, para que no se casara con una mujer de esa tierra de Canaán en donde vivían;

2 así fue que envió a un siervo de su confianza a la Mesopotamia, y este encontró allí a Rebeca, sobrina nieta de Abraham, hija de Betuel, hijo este de Nahor, uno de los hermanos de Abraham;

3 ambos volvieron luego a Canaán, y Rebeca se casó con Isaac.

4 Estos matrimonios entre parientes, entre miembros de la propia familia, esta endogamia, fue algo que posteriormente la ley de Moisés prohibió;

5 de todos modos, sí se mantuvo como obligatoria dentro del pueblo mismo, y en algunas situaciones, dentro de cada una de las tribus de Israel.

8 1 Tras la muerte de Abraham, Isaac llegó a ser también un hombre muy rico;

2 eran tantas sus ovejas y vacas, tantos sus siervos, que los habitantes de aquella región lo envidiaban;

3 en efecto, los pastores de allí solían discutir con los de Isaac por la tenencia de los pozos de agua de donde bebía el ganado;

4 pero cuando vieron que el Señor estaba con él y que lo favorecía en todo, hicieron un pacto con Isaac para no ser perjudicados y recibir ellos también la bendición.

5 Rebeca, por su parte, después de 20 años de no poder quedar embarazada, fue bendecida por el Señor y tuvo mellizos;

6 ya en el vientre de su madre los niños parecían estar peleando, y el Señor le advirtió a Rebeca de que sus hijos serían padres de dos naciones, de dos pueblos en lucha, y que el mayor estaría siempre sujeto al menor.

7 Esaú, el mayor de ellos, era hombre de campo y cazador, y era el favorito de su padre Isaac;

8 Jacob, el menor, en cambio, era más tranquilo y de quedarse en la casa, y el más querido de su madre.

9 1 Cuando Isaac ya estaba muy viejo y se había quedado ciego, se dispuso, antes de morir, a bendecir a su hijo preferido, el primogénito Esaú, y le pidió que fuera a cazar un animal del monte y que se lo preparara y se lo diera de comer antes de bendecirlo.

2 Rebeca, mientras tanto, preparó unos cabritos del rebaño y convenció a Jacob de que reemplace a Esaú ante el padre para recibir él la bendición en lugar de su hermano;

3 así lo hizo Jacob, y con esta jugada se convirtió en heredero de Isaac y de las promesas del Señor.

4 Cuando Esaú volvió de la cacería en el monte, fue descubierto el engaño, pero era costumbre que las bendiciones, una vez pronunciadas, ya no podían ser anuladas, eran irrevocables;

5 y Esaú prometió, a la muerte de su padre, vengarse de su hermano y matarlo;

6 por eso Rebeca le dijo a Jacob que se fuera a vivir a Harán con su familia, hasta que su hermano olvidara la cuestión y lo perdonara, e Isaac le ordenó que se casara con alguna de las hijas de su tío Labán.

10 1 Jacob emprendió camino, y pasando por la ciudad de Betel, en un sueño, el Señor se le apareció y le dijo que era el dios de su abuelo Abraham y de su padre Isaac, que le daría a sus descendientes la tierra en donde estaba acostado y que serían tantos como el polvo de la tierra, que todas las familias serían bendecidas por medio de él, y que lo iba a cuidar y que no lo iba a abandonar sin cumplir con lo prometido;

2 cuando Jacob despertó hizo también una promesa: dijo que si el Señor lo acompañaba y lo cuidaba en el viaje, y si podía regresar sano y salvo a la casa de su padre, entonces el Señor sería su dios y siempre le daría a él la décima parte de todo lo que recibiera.

3 Al llegar a la ciudad de Harán, Jacob se encontró con su tío Labán para quien trabajó durante 20 años;

4 también se casó con sus dos hijas, con Lía y con Raquel, a quienes compró con su fuerza de trabajo;

5 con Lía tuvo 6 hijos, con Raquel tuvo 2 más, y 2 hijos con la esclava de Lía y otros 2 con la esclava de Raquel, 12 hijos en total.

11 1 Habiendo logrado hacerse muy rico y tras conseguir muchas ovejas, esclavos, esclavas, camellos y asnos, Jacob se fue de Harán con sus esposas y sus hijos de vuelta a la tierra de su padre;

2 allí temía encontrarse con su hermano, pero al verlo, Esaú lo abrazó y lo besó, y lloraron juntos.

3 La noche anterior a este encuentro, Jacob había estado peleando con un hombre hasta el amanecer;

4 el hombre le había dicho que lo soltara, y él, que no lo soltaría hasta que lo bendijera;

5 el hombre, un ángel del Señor, le dio su bendición y le dijo que su nombre ya no sería Jacob sino Israel, que significa, en idioma hebreo, "Dios lucha";

6 más adelante, otra vez en la ciudad de Betel, fue el Señor el que se le apareció, lo nombró Israel, y le confirmó las promesas

que le había hecho a él, a su padre Isaac y a su abuelo Abraham.

7 Jacob fue así el padre de los 12 hijos de Israel, que fueron luego las 12 tribus del pueblo de Israel;

8 el mismo Israel que para el siglo 10 antes de Cristo, con David y Salomón, sería reino glorioso, y para el siglo 20 después de Cristo, estado soberano.

La gran entrada en Egipto

1 1 Mucho se conoce, muy famosa es ya, la salida del pueblo de Israel de Egipto, el éxodo, después de tantísimos años de esclavitud;

2 pero lo que habitualmente no se sabe es cómo el pueblo de Israel llegó primeramente a Egipto, cómo fue la gran entrada en Egipto;

3 y para conocer de qué modo Jacob, en adelante Israel, y su familia llevaron una vida plena y abundante en una de las regiones más fértiles de todo Egipto, es necesario prestar especial atención a la historia de José, uno de sus 12 hijos.

2 1 A sus 17 años, José era el preferido de su padre;

2 es que había sido el primero de Raquel, la mujer a la que Israel más quería.

3 Se dedicaba a cuidar ovejas con sus hermanos, y solía quejarse de la mala conducta de ellos;

4 además tenía sueños en los que, simbólicamente, él siempre quedaba engrandecido, y sus hermanos, y hasta su padre y su madre, debían humillarse rendidos a sus pies, y ya era costumbre que le contara a su familia lo que soñaba;

5 por esta razón los hermanos lo odiaban, y llegaron a querer matarlo.

6 Un día los encontró en el campo, en la ciudad de Dotán, atravesada por la ruta de las caravanas que iban a Egipto, y ellos le quitaron la túnica y lo metieron en un pozo;

7 en eso pasaron unos comerciantes, y sus hermanos decidieron que era mejor venderlo que matarlo, y así lo hicieron;

8 más tarde, mancharon la túnica de sangre y se la llevaron al padre para que creyera que su hijo estaba muerto, e Israel lloró la muerte de su querido hijo.

3 1 Los comerciantes iban efectivamente a Egipto, y allí a José se lo vendieron a Potifar, funcionario del faraón y capitán de su guardia;

2 como el Señor estaba con José, y así en todo le iba bien, Potifar lo nombró ayudante personal y mayordomo de su casa.

3 Hasta que un día la esposa de su amo le pidió que se acueste con ella, y como José, por no pecar contra Dios, se negó, la mujer lo denunció por intentar deshonrarla, y Potifar ordenó que metieran a José en la cárcel, donde pasó varios años encerrado;

4 allí el Señor siguió estando con José, y este se ganó la simpatía del jefe de la cárcel, de tal manera que todos los presos estaban a su cargo, y él era el que daba las órdenes de todo lo que se hacía.

5 Al tiempo, el faraón tuvo un sueño, y pidió a todos los adivinos y sabios de Egipto que le interpretaran el sueño que había tenido, pero ninguno de ellos pudo hacerlo;

6 entonces el copero de la corte, que había conocido a José en la cárcel, y al que José le había interpretado correctamente un sueño, le dijo al faraón que en la cárcel había alguien que podía interpretar su sueño.

7 Hicieron llevar a José a la corte, el faraón le contó su sueño, y José lo interpretó del siguiente modo: habría en todo Egipto 7 años de gran abundancia, y después de esos 7 años de gran abundancia, otros 7 años de gran escasez;

8 por ello, recomendó al faraón que buscara un hombre inteligente y sabio que se hiciera cargo del país, que hiciera recoger la quinta parte de todas las cosechas, que pusiera esto bajo control del faraón, y que lo guardara para alimentar a la gente en los años de escasez;

9 El faraón, por su parte, le dijo que no había nadie más inteligente y sabio que él, ya que Dios le había hecho saber todo eso, y lo nombró gobernador de Egipto.

4

1 Pasados los 7 años de abundancia, en los que José recogió y guardó para el faraón todo el trigo que pudo, tanto como si fuera arena del mar, llegó verdaderamente la escasez, tal como había sido interpretado en el sueño;

2 de todo Egipto iban a comprarle trigo al faraón, y también de las regiones vecinas donde tampoco había para comer.

3 A su vez, la familia de José en la tierra de Canaán estaba sufriendo la falta de alimentos, e Israel le dijo a 10 de sus hijos que fueran a Egipto a comprar trigo, mientras que él se quedó allí con su hijo más pequeño Benjamín, el otro de los dos hijos de Raquel.

4 Cuando los hijos de Israel llegaron a Egipto y hablaron con el gobernador encargado de vender el trigo, no lo reconocieron como a su hermano;

5 por el contrario, José sí los reconoció, y lo primero que les dijo fue que eran espías que iban a ver los puntos débiles del país;

6 ellos, por supuesto, lo negaron, y le dijeron que eran todos hijos de un mismo padre, gente honrada, que uno de sus hermanos ya no estaba con ellos, y que el otro, el menor, estaba con su padre en Canaán;

7 José, entonces, les ordenó que dejaran a uno de ellos en Egipto de prisionero, que los demás fueran a su tierra a buscar a su hermano menor, y que si volvían con él, iba a creer en su palabra.

8 Otra vez en la tierra de Canaán le contaron lo sucedido a su padre, pero Israel no quería que Benjamín fuera a Egipto por temor a perderlo como creía que había perdido a José;

9 pero al final tuvo que acceder a las condiciones del gobernador porque ya no había que comer y todos iban a morir de hambre.

5

1 De vuelta en Egipto, José los recibió amablemente, liberó al prisionero, y comieron y bebieron todos juntos;

2 luego les vendió el trigo y los despidió, pero antes de eso, le dijo a su mayordomo que escondiera su copa de plata en el costal de Benjamín, y a la salida, los hizo ir a buscar y les dijo que si alguno de ellos se estaba llevando su copa de plata se quedaría de esclavo suyo, con la intención de recuperar a su querido hermano, el único otro hijo de su propia madre, Raquel.

3 Cuando se descubrió la copa en el costal de Benjamín, otro de sus hermanos, Judá, le rogó a José que perdonara al muchacho y que lo dejara ir con ellos, porque su vida estaba muy unida a la de su anciano padre que sufriría mucho y moriría de tristeza si no lo volviera a ver;

4 y así, finalmente, José se puso a llorar y se dio a conocer a sus hermanos;

5 les dijo que no se preocuparan por lo que le habían hecho, porque todo había sido un plan del Señor para salvarle la vida a sus descendientes de una manera extraordinaria, que fueran pronto a contarle a su padre de toda su autoridad en Egipto, y que lo llevaran ahí con su familia, sus animales y con todo lo que tuviera.

6 Ante la novedad, el faraón le dijo a José que lo mejor de la tierra de Egipto estaba a disposición de su familia, que comerían de lo mejor que el país producía, y que si había hombres capaces entre ellos, que los pusiera a cargo de su ganado;

7 y de este modo, se fueron todos a vivir a Gosén, una de las regiones más fértiles de Egipto, al oriente del río Nilo.

6

1 Mientras tanto, la falta de alimentos ya era tan grave que en todo Egipto, así como en Canaán, la gente se moría de hambre;

2 ya no había dinero porque todo se lo habían dado a José, y él lo había guardado en el palacio del faraón, así que la gente cambió sus animales por trigo;

3 y cuando se acabaron los animales, cambiaron sus terrenos y a ellos mismos por semillas para poder vivir y que la tierra no se echara a perder.

4 Fue de esta manera que José compró todas las tierras de Egipto para el faraón, y sus propietarios fueron hechos esclavos;

5 los únicos terrenos que no se compraron fueron los de los sacerdotes, que comían de lo que el faraón les daba;

6 y también dejó establecido por ley, de allí en adelante, que en todo Egipto se daría siempre al faraón la quinta parte de las cosechas.

7 Israel y sus 12 hijos, en cambio, vivieron todo el resto de su vida en plenitud y abundancia al amparo del faraón de Egipto, a quien José, con su gobernación, benefició tanto, al punto de convertirlo en dueño de todas las tierras del país y en amo de todos sus habitantes.

La ley del desierto

1 1 Hasta el momento, seguía sin haber todavía un bien y un mal establecidos;

2 al menos de manera explícita, ya que por ejemplo, según el propio relato de los acontecimientos, la política agraria de José como gobernador de Egipto no fue, al parecer, un abuso horrendo sino un éxito admirable.

3 Por otra parte, la voluntad del Señor aparecía en la elección de sus favoritos, con los que, en ciertos casos, hablaba directamente, y a los que siempre acompañaba para que así todo les fuera bien;

4 pero esta voluntad aún no estaba puntualizada en órdenes específicas, exceptuando, claro, la obligatoriedad de la circuncisión.

5 Contrariamente, ahora sí va a haber una moral precisamente codificada, que va a abarcar casi todos los aspectos de la vida, y que va a producir un tipo de persona jurídica, un elemento cultural, so pena de muerte;

6 aunque antes de ahondar en las disposiciones mismas, primero habría que saber cómo se llegó a imponer la ley del desierto.

2 1 Para empezar, habría que ver por qué fue que aquella bonanza maravillosa de tierras fértiles, autoridades y privilegios que solían disfrutar Israel y sus 12 hijos, se convirtió en una triste y miserable desgracia.

2 Con el paso de los años, el crecimiento de los denominados, a partir de este momento de la historia, israelitas, o también pueblo de Israel, había sido inmenso;

3 en consecuencia, ante la posibilidad de que en una eventual invasión se aliaran con el enemigo y se volvieran en su contra, el nuevo faraón, que no había conocido a José ni sabía de sus actividades públicas en beneficio de la corte de Egipto, los esclavizó duramente, dedicándolos a hacer ladrillos, a construir ciudades y a trabajar en el campo, y decidió limitar el crecimiento de los israelitas dando la orden de matar a todos sus niños varones recién nacidos.

3 1 Uno de estos niños destinados a morir fue escondido durante 3 meses por su madre, hasta que un día se le ocurrió ponerlo en un canasto y dejarlo a la orilla del río Nilo;

2 no sin antes pedirle a su otra hija que viera lo que sucedía con él.

3 El canasto con el niño, que había quedado entre unos juncos, luego fue encontrado por la hija del faraón;

4 cuando esta tomó al niño en sus manos y se dio cuenta de que era un niño israelita, la hermana se acercó y le ofreció una nodriza israelita para que le diera el pecho;

5 la hija del faraón aceptó y la hermana fue a buscar a su madre, y madre del niño, a la que la hija del faraón le propuso que lo criara hasta que fuera adulto y que ella en su momento lo adoptaría, y le ofreció pagarle por su trabajo.

6 La madre lo llevó y lo crió, y cuando el niño fue adulto la hija del faraón lo adoptó y le puso por nombre Moisés.

4 1 Sabiéndose israelita y considerando a los israelitas como sus hermanos de raza, Moisés fue a visitarlos y se dio cuenta de los duros trabajos a los que estaban sometidos;

2 en eso vio a un egipcio pegándole a un israelita, y sin saber por qué le pegaba, ni

quién tenía una mejor razón que el otro, decidió ayudar al israelita matando así al egipcio.

[3]Al día siguiente, salió y se encontró con dos israelitas peleándose, y le preguntó al que le estaba pegando al otro que por qué golpeaba a uno de su propia raza;

[4]este, a su vez, le preguntó que quién lo había puesto como jefe y juez entre ellos, y que si lo iba a matar como había matado al egipcio.

[5]Moisés tuvo miedo de que se hubiera descubierto su crimen, efectivamente el faraón ya había mandado a buscarlo para que lo mataran, y así fue que huyó al desierto.

5 [1]Pasó el tiempo, Moisés se casó con la hija de un sacerdote de la región, y un día, cuidando las ovejas de su suegro, llegó al monte Sinaí en donde se le apareció el Señor;

[2]le dijo que era el dios de sus antepasados, de Abraham, de Isaac y de Jacob, que había visto como sufría su pueblo, que los había oído quejarse, y que había bajado para salvarlos del poder de los egipcios;

[3]le dijo también que los iba a llevar a una tierra grande y buena, donde la leche y la miel corrían como el agua, y que cuando hubiera sacado de Egipto a su pueblo, todos lo adorarían allí en ese monte;

[4]y además, que fuera a hablar con el faraón, que le dijera que el Señor había salido al encuentro de los israelitas, y que los dejara ir al desierto a ofrecerle sacrificios a su dios.

[5]Por otro lado, el Señor le avisó a Moisés que el faraón se iba a negar a su pedido, fundamentalmente porque él mismo le iba a endurecer el corazón, es decir que lo iba a poner terco, y que en ese caso le dijera que Israel era su hijo mayor, y que como no lo había dejado ir a adorarlo, él le iba a matar a su hijo mayor;

[6]de hecho, fueron 10 veces las que tuvo que ir Moisés a pedirle al faraón que los dejara ir al desierto, y por cada una de las veces que el faraón se negó, el Señor le envió una plaga a él y también a todos los egipcios.

[7]Unas 10 plagas asolaron Egipto, y en la última murieron asesinados todos los hijos mayores de los egipcios, y también el hijo mayor del faraón;

[8]y fue así como el faraón, de una vez por todas, dejó que los israelitas fueran al desierto a adorar al Señor.

6 [1]A todo esto, habría que destacar un par de cuestiones:

[2]en primer lugar, la decisión de matar a todos los niños varones israelitas recién nacidos y de esclavizar a todo el pueblo de Israel, por miedo a que se aliaran con un enemigo ante una eventual invasión, había sido del antiguo faraón y no de todos los egipcios;

[3]es posible que algunos egipcios hayan estado de acuerdo, o que se hayan acostumbrado a la idea con el paso del tiempo, pero también es posible que algunos egipcios no hayan estado de acuerdo, que hayan tenido amigos israelitas a los que no querían ver esclavizados ni que les mataran al hijo recién nacido, y aun es posible que algunos egipcios no se consideraran propiamente egipcios, ni tampoco consideraran a los israelitas como tales;

[4]sin embargo, fueron todos los egipcios los que sufrieron las 10 plagas que asolaron Egipto cuando el faraón se negó una y otra vez a que los israelitas fueran al desierto a adorar a su dios;

[5]y eso es porque el Señor tiene la costumbre de considerar a las personas no como seres individuales sino siempre, y a lo largo de toda la Biblia, como partes integrantes de algún conjunto orgánico social.

[6]En segundo lugar, la terquedad del faraón, su corazón endurecido, no fue un fiel reflejo de su voluntad propia sino una función organizada y planificada por el Señor, con la idea de que los acontecimientos se desarrollaran tal como él se los había imaginado;

[7]y esto se justifica porque el Señor es el dios único y creador de todas las cosas, que tiene poder sobre todas ellas, y así es que puede manipular a su antojo a los enemigos de su pueblo favorito;

8 Y es por esta simple razón que el Señor nunca muere, porque no está atado al éxito de su pueblo como otros dioses;

9 si a los israelitas les va bien es porque hicieron todo según el parecer del Señor, y si les va mal es porque lo contrariaron, y por eso el Señor ayudó a sus enemigos para que fueran derrotados y así castigarlos por su infidelidad;

10 de esta manera es que el Señor estará tan presente en los grandes triunfos del rey David como también en la humillante deportación a Babilonia.

7

1 Salieron finalmente los israelitas de Egipto, pero antes el Señor instauró ese día en el que había liberado a su pueblo de la esclavitud como una celebración que debía conmemorarse de ahí en adelante todos los años, que duraría una semana entera, y su nombre sería la Pascua;

2 para ello dictó una ley que reglamentaba dicha celebración, en la que los israelitas comerían pan sin levadura durante toda esa semana, y ofrecerían en sacrificio a todas las primeras crías de sus animales y a otro animal en rescate por sus primeros hijos.

3 Al respecto de esta primera ley, es muy importante señalar que el objetivo original de esta liberación siempre había sido, hasta el momento, ir a la tierra prometida, donde la leche y la miel corrían como el agua, y nada más que eso;

4 y la única condición para emprender este camino a la libertad era, hasta el momento, que los hombres estuvieran circuncidados.

5 La ruta que el Señor le indicó a Moisés para que guiara a su pueblo hasta la tierra de Canaán, que es adonde se dirigían, no fue la más corta y la más directa, bordeando las aguas del mar Mediterráneo, sino hacia el oriente, adentrándose en el desierto, ya que supuestamente por la otra ruta se encontrarían con varios asentamientos y deberían luchar con sus pobladores para seguir adelante;

6 llegaron a las aguas del mar Rojo, y allí el Señor volvió a influir sobre el faraón y lo convenció de que persiguiera a los israelitas para atraparlos y volver a someterlos.

7 La historia es conocida: el Señor abrió las aguas del mar para que pasaran los israelitas por el cauce seco, y cuando eran los ejércitos del faraón los que cruzaban, el Señor volvió a cerrar las aguas y estos murieron todos ahogados.

8

1 Después de esta acción milagrosa que los volvió a salvar de la esclavitud, siguieron andando por el desierto, pero a los tres días de camino todavía no tenían agua;

2 llegaron a encontrar agua pero era amarga y no la podían tomar, por lo que empezaron a quejarse y a hablar mal de Moisés, y este pidió ayuda al Señor;

3 el Señor le mostró a Moisés un arbusto y le dijo que lo echara al agua, así lo hizo Moisés y el agua se volvió dulce.

4 Entonces, el Señor los puso a prueba y les dio una norma de conducta: les dijo que si ponían toda su atención en lo que él, su dios, les decía, y si hacían lo que a él le agradaba, obedeciendo sus mandamientos y cumpliendo sus leyes, no les enviaría ninguna de las plagas que había enviado a los egipcios;

5 llegaron luego a la ciudad de Elim, donde encontraron manantiales y palmeras, y ahí se quedaron un tiempo.

6 A los 2 meses salieron de Elim con dirección a Sinaí, y otra vez los israelitas volvieron a quejarse;

7 ahora extrañaban las ollas de carne de las que comían hasta llenarse, y lo culpaban a Moisés de haberlos llevado al desierto para matarlos de hambre a todos;

8 el Señor, para conformarlos, les envió codornices por las tardes, y por las mañanas, una sustancia que se asentaba, como una escarcha, sobre la superficie del desierto, a la que llamaron maná;

9 esto sucedía todos los días menos el sábado, que debía ser consagrado al Señor y dedicado al reposo.

10 Así, los israelitas se acostumbraron a comer maná todas las mañanas como pan, y a guardar reposo, sin salir de su casa, siempre un día a la semana.

9

1 Habiendo llegado al monte Sinaí, Moisés recibió la visita de su suegro con su hija y sus dos nietos, la esposa y los dos hijos de Moisés;

2 al ver su suegro, dedicado al sacerdocio, que Moisés pasaba casi todo el día resolviendo los conflictos entre los israelitas, para saber quién tenía razón y darles a conocer las leyes y enseñanzas del Señor, le dijo que la tarea sobrepasaba sus fuerzas y que no podía realizarla él solo;

3 por esto, le aconsejó que instruyera al pueblo en las leyes y enseñanzas, para que supieran cómo debían vivir y qué debían hacer, y que eligiera entre ellos hombres capaces que tuvieran temor de Dios, que fueran sinceros, y que no buscaran ganancias mal habidas, y que les diera autoridad para que dictaran sentencia entre el pueblo en todo momento, llevándole a él los problemas difíciles y resolviendo ellos los de menor importancia.

4 Moisés puso esto en práctica y quedó establecido un cuerpo judicial organizado, al que le faltaba solamente un código procesal bien desarrollado.

10

1 En la cima del monte estaba el Señor, y desde ahí lo llamó a Moisés para que subiera, y le dijo que le anunciara a los israelitas, que habían visto lo que él le había hecho a los egipcios, que si lo obedecían en todo y cumplían con su alianza serían su pueblo preferido entre todos los pueblos, un reino de sacerdotes, un pueblo consagrado a él;

2 Moisés les contó a los ancianos lo dicho y los israelitas contestaron que harían todo lo que el Señor había ordenado.

3 Al amanecer del tercer día, entre relámpagos y truenos, una nube espesa y un fuerte sonido de trompetas, mientras el monte temblaba violentamente y echaba humo, el Señor habló en medio del fuego y dijo, específicamente, qué era todo lo que los israelitas debían obedecer;

4 diez mandamientos fundamentales y más de 50 leyes referidas a la construcción de los altares, a la trata de los esclavos, a los actos de violencia, a los casos de accidente, a la reparación de daños económicos, a las conductas sexuales, a la aplicación de la justicia, a los descansos obligatorios, y a la organización de las fiestas;

5 y también agregó que enviaría un ángel delante de ellos, que si de veras lo obedecían él sería enemigo de sus enemigos y que se le opondría a quienes se les opongan, que haría que se extiendan el miedo, los gritos de angustia y el pánico a su paso, que su ángel los llevaría al país de los amorreos, los hititas, los ferezeos, los cananeos, los heveos y los jebuseos, quienes vivían en ese momento en la tierra prometida, a los que arrancaría de raíz, y les advirtió claramente que no se arrodillaran frente a sus dioses ni que los adoraran sino, al contrario, que los destruyeran por completo.

6 Más tarde, Moisés, su hermano Aarón con sus dos hijos, sobrinos de Moisés, y 70 ancianos de Israel, hombres notables en representación del pueblo, subieron al monte para confirmar esta alianza, en una ceremonia solemne en la que comieron y bebieron con el Señor.

11

1 Una vez establecidas todas estas normas legales para el pueblo de Israel, el Señor llamó nuevamente a Moisés a la cima del monte, esta vez durante 40 días y 40 noches, para entregarle unas tablas de piedra en las que había escrito los mandamientos y las leyes;

2 le dictó además una serie de prescripciones para la construcción de un santuario en el que los israelitas pudieran adorarlo, donde eran precisamente detallados la forma, la medida y los materiales del arca, de la mesa, del candelabro, del altar, del patio, de las lámparas, de la palangana, del incienso, y de la ropa de los sacerdotes, y donde se incluía un protocolo para la consagración de los sacerdotes y para la entrega de las ofrendas.

3 Mientras tanto, al pie del monte, los israelitas, al ver que Moisés tardaba, le recla-

maron a su hermano Aarón, que había quedado como responsable en lugar de Moisés, que les hiciera dioses que los guiaran;

4 Aarón les pidió sus aretes de oro y con ellos hizo la figura de un becerro al que todos adoraron.

5 Al día siguiente, ofrecieron sacrificios al nuevo dios, comieron, bebieron y se divirtieron;

6 pero el Señor lo supo, y le dijo a Moisés que bajara del monte porque su pueblo se había echado a perder y se habían apartado del camino que les había ordenado seguir.

7 Cuando Moisés bajó y vio lo que hacían, ardió de enojo, molió el becerro hasta hacerlo polvo, roció el polvo sobre el agua, y dio esa agua de beber a los israelitas;

8 y entonces se paró en la entrada del campamento, gritó que los que estuvieran de parte del Señor se juntaran con él, y los levitas, descendientes de la tribu de Leví, como Moisés, se le unieron, y les dijo que el Señor había dicho que tomaran una espada y fueran de puerta en puerta matando a sus hermanos, amigos y vecinos;

9 los levitas cumplieron la orden y mataron unos 3.000 hombres, y Moisés les dijo que a partir de ese día recibirían plena autoridad ante el Señor por haberse opuesto a sus hijos y a sus hermanos, y que por eso el Señor los bendecía.

10 De este modo, los levitas fueron consagrados en razón de su celo y su apasionada lealtad al Señor;

11 y después de esta primera masacre, después de este primer genocidio de israelitas infieles a sus mandamientos y sus leyes, y después de finalizada la construcción del santuario en donde adorarlo, el Señor dio la orden de seguir camino por el desierto.

Una tribu sagrada

1 1 Más allá de la autoridad absoluta del Señor, y la de Moisés como su enviado oficial, ya se habían designado, entre los hombres más capaces, a jueces que dictaban sentencia en los conflictos que se presentaban entre los israelitas, y también a varias decenas de ancianos, hombres notables en representación del pueblo, que habían tenido trato directo con el Señor durante la reunión por la confirmación de la alianza;

2 sin embargo, ahora toda una tribu, de las 12 tribus de Israel, va a estar dedicada con exclusividad a la enseñanza de los mandamientos y las leyes del Señor, a los quehaceres del santuario, y en ocasiones, a la ejecución del castigo en los casos de incumplimiento;

3 la tribu de los descendientes de Leví, uno de los hijos de Jacob, conocidos como los levitas, se iba a convertir en una tribu sagrada, consiguiendo establecerse definitivamente como la máxima autoridad entre el pueblo de Israel.

2 1 A partir de ese momento, el Señor empezó a llamar a Moisés desde el nuevo santuario recién construido;

2 primeramente le indicó cómo era que los israelitas tenían que ofrecer las distintas clases de sacrificios y de ofrendas;

3 ya fuera para celebrar su adoración al Señor, o como símbolo de alguna comunión, o para expiar un pecado, el animal y el cereal debían ser quemados en el altar mediante un estricto ritual, apartando siempre la porción correspondiente para que comieran los sacerdotes;

4 en segundo lugar, se refirió al ordenamiento de los sacerdotes y a todas las ceremonias que se debían realizar para su consagración, y en ese momento Aarón y sus dos hijos, el hermano de Moisés y sus dos sobrinos, fueron instituidos para el sacerdocio del culto al Señor;

5 y por último, le dictó a Moisés un código civil, penal y protocolar bien abundante, de más de 250 artículos, en el que se desarrollaban las metodologías para las purificaciones, por supuesto después de definir qué es lo puro y qué es lo impuro, una lista de las relaciones sexuales prohibidas, una síntesis fundamental de los diez mandamientos y de las leyes normativas anuncia-

dos en el monte Sinaí, una serie de castigos para los desobedientes, que incluía la orden de matar a pedradas a quien ofendiera al Señor, un calendario de fiestas religiosas con sus respectivos ceremoniales, y para concluir, bendiciones a los que cumplieran la ley y maldiciones a los que no la cumplieran.

6 Al parecer, la voluntad del Señor se ampliaba cada vez más, y la libertad de los israelitas, después de la dura esclavitud a la que habían sido sometidos, estaba cada vez más especificada.

3

1 Ya en pleno desierto, el Señor ordenó a Moisés que hiciera un censo del pueblo para saber el nombre y la cantidad exacta de hombres mayores de 20 años que estuvieran aptos para la guerra, y le dijo que los registrara según el orden militar;

2 el resultado fue un ejército de 600.000 hombres, que de ahí en adelante acamparon cada uno bajo su propia bandera, y marcharon con su propio clan y su propia familia.

3 El objetivo militar estaba claro: la tierra prometida era ocupada por varios pueblos a los que el ejército israelita tendría que arrancar de raíz, extendiendo el miedo, los gritos de angustia y el pánico a su paso, y para lograrlo, el Señor le dijo a Moisés que enviara 12 espías, uno por cada tribu, para que exploraran la tierra de Canaán;

4 a los 40 días regresaron y contaron al pueblo que realmente era una tierra donde la leche y la miel corrían como el agua, pero que la gente de ahí era fuerte, que las ciudades eran muy grandes y fortificadas, y que hasta habían visto a descendientes de los gigantes entre ellos.

5 Uno de los espías, Caleb, de la tribu de Judá, gritó que fueran a conquistar esa tierra, que podían hacerlo, pero los otros dijeron que no podrían atacarlos porque eran más fuertes que ellos;

6 y así, los israelitas se lamentaron y lloraron, se pusieron a hablar mal de Moisés, y deseaban haber muerto en Egipto antes de tener que morir en la guerra y que sus mujeres y sus hijos cayeran en manos del enemigo;

7 Josué, de la tribu de Efraín, otro de los espías, junto con Caleb, les dijeron que no tuvieran miedo, que sus enemigos no tenían quien los protegiera, mientras que ellos tenían al Señor de su parte, pero la gente los quería apedrear igual;

8 y por eso fue que el Señor decidió que ninguno de todos los israelitas a los que había liberado de la esclavitud en Egipto, ninguno de esos 600.000 hombres, exceptuando a Caleb y a Josué que le habían sido fieles y habían creído en su poder, verían la tierra prometida, y que los haría quedarse en el desierto durante 40 años;

9 todos morirían en el desierto con el paso del tiempo, y serían sus hijos, que ellos pensaban que caerían en manos de sus enemigos, los que finalmente llegaran a conquistar la tierra de Canaán.

4

1 Un levita, Coré, más 2 hombres de la tribu de Rubén y 250 hombres de autoridad que pertenecían al grupo de concejeros, se rebelaron luego contra Moisés y su hermano Aarón por causa de los privilegios que tenían entre el pueblo;

2 según ellos, eran todos los israelitas los que habían sido consagrados por el Señor, y sostuvieron que Moisés y Aarón no tenían por qué levantarse como autoridad suprema por sobre todos los demás.

3 Moisés les dijo que al día siguiente por la mañana presentaran una ofrenda de incienso al Señor, que Aarón, por su parte, haría lo mismo, y que sería el Señor quien decidiera la cuestión;

4 eso hicieron a la mañana siguiente, y el Señor tomó una clara decisión: a Coré y a los 2 hombres de la tribu de Rubén, juntamente con todas sus familias, hizo que se los tragara la tierra, que se abrió debajo de ellos para que cayeran vivos al fondo y después volvió a cerrarse, y a los 250 hombres del grupo de concejeros les envió un fuego y los mató a todos.

5 Al otro día, todo el pueblo de Israel hablaba mal contra Moisés y Aarón, y les

decían que ellos estaban matando al pueblo del Señor;

[6]pero el Señor le dijo a Moisés que se apartara de esa gente, que los iba a destruir, y les envió una plaga con la que mató a 14.700 personas.

5 [1]Una vez sofocada la rebelión y sus repercusiones entre el pueblo de Israel, el Señor le dijo al sacerdote Aarón que los miembros de la tribu de Leví estarían a su servicio y al servicio del santuario, pero que no se debían acercar a él, y mucho menos oficiar como sacerdotes, porque si no serían muertos;

[2]también le dijo que los levitas no tendrían propiedades en la tierra prometida, porque a ellos les daba en propiedad la décima parte de lo que los israelitas debían ofrecer de sus productos, y que un décimo de todo eso, el mejor, lo tenían que reservar especialmente para el sacerdote, a quien le corresponderían también todas las ofrendas sagradas, más los primeros frutos que los israelitas llevarían cada año, lo mejor del aceite, del vino y del trigo, más las primeras crías de los animales, todo ello en pago del servicio que debían prestar en el santuario.

[3]De esta manera, se estableció un impuesto del 10 por ciento a las ganancias, más adicionales, como salario para los responsables de dar a conocer la ley, de hacerla cumplir, y de exterminar eventualmente a los infieles, manteniendo así el orden moral entre los israelitas.

El ejército del Señor

1 [1]Tal como el Señor lo había ordenado, el pueblo de Israel, en castigo por su desobediencia y su falta de fe, pasó 40 años en el desierto, desde el oasis de la ciudad de Cadés hasta el arroyo Zéred, al sur del mar Muerto;

[2]a los que habían sido liberados de la dura esclavitud en Egipto, el Señor los había matado a todos, salvo a Caleb y a Josué, los dos espías que habían regresado con buenas noticias;

[3]Los israelitas, en esta nueva instancia, hijos y nietos de aquellos infieles, ya estaban listos para conformar el ejército del Señor con el que emprenderían la invasión y conquista de la tierra prometida.

2 [1]Reanudaron la marcha, y al llegar al camino de Atarim, el rey cananeo de la ciudad de Arad salió a su encuentro a combatirlos y tomó varios prisioneros;

[2]ellos le pidieron al Señor que los ayudara, y que si así lo hacía destruirían por completo las ciudades de sus enemigos, que era la costumbre en el antiguo oriente de consagrar a la propia divinidad todo lo que había pertenecido a otros dioses, destruyéndolo hasta hacerlo desaparecer;

[3]el Señor los ayudó a vencer, y destruyeron por completo a los cananeos y a las ciudades en las que vivían, obteniendo su primer triunfo militar.

[4]Luego mandaron mensajeros a Sihón, rey de los amorreos, para que los dejara pasar por su territorio, y le aseguraron que no comerían de sus sembradíos ni que tomarían de sus pozos de agua;

[5]el rey se negó, e incluso salió con su ejército a atacarlos, pero los israelitas se defendieron y lo derrotaron, ocupando todo su territorio, desde el río Arnón hasta el río Jaboc.

[6]Más tarde fue Og, rey de Basán, al norte de las tierras que habían sido de los amorreos, el que salió a pelear contra ellos, pero el Señor le dijo a Moisés que no tuviera miedo porque lo iba a poner en sus manos, con todo su ejército y su país;

[7]ciertamente los israelitas mataron a Og, a sus hijos y a todo su ejército, sin dejar a nadie con vida, y se apoderaron de sus territorios.

3 [1]Sucedió que el pueblo de Israel se estableció en la ciudad de Sitim, en las llanuras de Moab, al oriente del río Jordán frente a la ciudad de Jericó, y algunos de sus hombres empezaron a tener trato con las mujeres de la región;

[2]ellas los invitaban a los sacrificios que ofrecían a sus dioses y ellos participaban

de esas reuniones adorando a dioses de la fertilidad como Baal-peor.

3Entonces, el Señor se enfureció contra los israelitas y desató sobre ellos una plaga que llegó a matar a 24.000 personas, y que sólo se detuvo cuando Finees, uno de los nietos del sacerdote Aarón, viendo a un israelita entrar en una tienda con una mujer pagana, tomó una lanza y les atravesó el estómago a los dos;

4por esto, el Señor dijo que Finees le había calmado la ira, y que por su celo haría con él una alianza de paz mediante la cual le entregaría el sacerdocio para siempre, a él y a todos sus descendientes.

5Pero la ira del Señor aún no estaba satisfecha, y le dio la orden a su ejército de que atacara a los madianitas, pueblo al que pertenecían aquellas mujeres, como ellos los habían atacado con sus malas mañas, haciéndolos adorar a otros dioses;

6Moisés organizó inmediatamente un ejército de 1.000 hombres por cada tribu, 12.000 hombres en total, preparados para la batalla, y Finees, que tocaría la trompeta para dar la orden de ataque;

7el resultado fue abrumador: los israelitas mataron a todos los hombres de Madián, incluidos sus 5 reyes, se llevaron a las mujeres prisioneras y también a sus hijos pequeños, les quitaron el ganado y los objetos de valor, y quemaron todas sus ciudades y campamentos.

8Cuando volvieron a las llanuras de Moab donde acampaba el pueblo de Israel, Moisés se enojó con los jefes que venían de la batalla porque no habían matado a las mujeres, que eran precisamente las que habían llevado a los israelitas a rebelarse contra el Señor;

9mataron a todas las mujeres que no eran vírgenes y a todos los niños varones, y dividieron el botín en dos partes iguales, una para los que habían ido a pelear y otra para el resto del pueblo;

10se repartieron ese día 675.000 ovejas, 72.000 bueyes, 61.000 asnos, y 32.000 muchachas vírgenes.

4 1Ahora sí estaban preparados para avanzar sobre su objetivo, pero antes de ello, Moisés, la autoridad suprema que los había guiado por el desierto durante 40 años, desde Egipto hasta el oriente del río Jordán, debía morir sin pisar la tierra prometida;

2es que el Señor le había impuesto este castigo en cierta ocasión en la que había dado agua milagrosamente al pueblo, a título personal y sin honrarlo a él;

3y Josué, uno de los dos espías que habían ido a reconocer el territorio en aquella oportunidad, fue el elegido para sucederlo.

4Moisés dio un par de discursos ante los israelitas en los que desarrolló un resumen de los hechos históricos acontecidos en los 40 años de vida en el desierto y un detalle pormenorizado de los mandamientos y de las leyes normativas, fundamentalmente porque ninguno de los presentes había estado en el monte Sinaí en el primer dictamen de los códigos morales, y al fin murió, como quería el Señor.

5 1Sin más demora, Josué tomó el mando del pueblo de Israel, constituido como un ejército dispuesto para la batalla, e ingresó a la tierra de Canaán logrando una campaña militar enormemente exitosa, en la que los israelitas invadieron y conquistaron más de treinta ciudades entre las que se encontraban Jericó, Ai, Jerusalén, Hebrón, Laquis, Hormá, Libná, Betel y Hazor;

2en todos los casos, mataron a sus reyes e hicieron pasar por el filo de la espada a sus habitantes, destruyendo todo por completo y quemando la ciudad.

3Los vencedores se repartieron esas tierras entre las 12 tribus de Israel, desde el desierto de Sin hasta los montes del Líbano, y desde el mar Mediterráneo hasta el río Jordán, además de los territorios al oriente del río que habían sido conquistados primeramente por Moisés;

4y después de eso hubo paz en la región, al menos durante un tiempo.

La identidad de los israelitas

1 [1]En su momento, Abraham, descendiente de Sem, uno de los hijos de Noé, a quien el Señor salvó del diluvio por vivir de acuerdo con su voluntad, había sido elegido por el Señor para ser el padre de una gran nación y para bendecir, por medio de él, a todas las familias del mundo;

[2]la promesa fue herencia de su hijo Isaac, de su nieto Jacob, apodado Israel por el Señor, y de los 12 hijos de Israel, líderes de las 12 tribus de Israel, y de todos sus descendientes, que cuando se convirtieron en tantos como el polvo de la tierra, fueron denominados en su conjunto sencillamente como israelitas.

[3]Pero considerando los cientos de miles de infieles asesinados de entre el pueblo de Israel, bien cabe preguntar por la identidad de los israelitas: ¿son todos hermanos de raza, como creía Moisés? ¿el simple hecho de haber nacido de padre y madre israelitas lo hace a uno también israelita, aunque uno no haya honrado a su padre y a su madre?

[4]En el código deuteronómico que Moisés dictó al este del río Jordán antes de morir, dice literalmente que si alguien tiene un hijo desobediente y rebelde, que no hace caso de lo que le dicen sus padres, deberán llevarlo ante el tribunal de los ancianos de la ciudad y que lo matarán a pedradas, para acabar con la maldad que haya en medio del pueblo, y que al saberlo, los israelitas sientan temor;

[5]si de este modo lo jurídico define lo cultural, a través de un adoctrinamiento de todas las personas y un exterminio de los infieles, que nunca llega a su fin porque nunca se sabe a quién se le puede ocurrir negar las disposiciones del Señor, la definición de israelita, como identidad, estaría designando entonces no a una especie de sangre, sino a una obediencia de las leyes del Señor, y conjuntamente, a una purga de los elementos prohibidos, logrando así una higiene social que asegure la pureza del concepto.

2 [1]Abraham había sellado una alianza con el Señor por la cual debían circuncidarse él y todos sus descendientes a cambio de que el Señor fuera su dios y les diera la tierra de Canaán en herencia para siempre;

[2]pero luego Moisés, en su segundo discurso en las llanuras de Moab, previo a la conquista de aquella tierra, le planteó al pueblo de Israel una nueva alianza en la que debían circuncidar el prepucio de su corazón, es decir, interiorizar la ley en su entendimiento, añadir en la santidad de su cuerpo un corazón santo, un espíritu santo;

[3]y precisamente de esto es de lo que hablaba Sócrates cuando insistía, una y otra vez, en buscar un corazón puro, y también Jesucristo cuando, en el sermón del monte, anunciaba la buenaventura de los de corazón limpio, porque ellos serían los que verían a Dios.

3 [1]Justamente ahora, sería importante preguntar qué tiene que ver Jesucristo con todas estas cuestiones, y para ello, habría que entender primeramente que todos estos acontecimientos sucedieron en un lugar y un tiempo específicos:

[2]a mediados del siglo 19 antes de Cristo Abraham llega a la tierra de Canaán, justo en la confluencia de los actuales continentes de Asia y África;

[3]en el siglo 13 antes de Cristo acontecen el éxodo de Egipto y la invasión de la tierra prometida;

[4]durante los siglos 12 y 11 antes de Cristo una serie de caudillos del pueblo de Israel, llamados jueces, defienden el territorio conquistado;

[5]aproximadamente en el siglo 10 antes de Cristo se conforma una monarquía, y los reyes Saúl, David y Salomón consolidan un poder estable en la era más próspera del Reino de Israel;

[6]a lo largo de los siglos 9, 8 y 7 antes de Cristo el Reino se divide en Israel al norte y Judá al sur, y con el paso del tiempo la decadencia los pone en manos del Imperio Asirio al primero y del Imperio Babilónico al segundo;

[7]en pleno siglo 6 antes de Cristo el pueblo de Judá soporta 50 años de exilio tras la deportación a Babilonia;

[8]en los siglos 5 y 4 antes de Cristo se aprovecha la dominación del Imperio Persa, que permitía a los pueblos conquistados vivir en sus territorios y dedicarse a su culto religioso, para restaurar las ciudades y reconstruir el templo en Jerusalén, y hasta Judea se llega a organizar como estado teocrático;

[9]a partir de las conquistas de Alejandro Magno, el Imperio Griego se divide en la dinastía de los Tolomeos, que ocuparon Egipto, y la de los Seléucidas, que ocuparon Siria y Babilonia, y durante el siglo 3 antes de Cristo Judea fue sometida al poder de los Tolomeos y en la primera mitad del siglo 2 antes de Cristo, al poder de los Seléucidas;

[10]finalmente, en el año 142 antes de Cristo una rebelión triunfante logra la independencia de Judea;

[11]pero en el año 63 antes de Cristo Roma ocupa toda la región, y en el año 27 antes de Cristo Octavio Augusto se proclama primer gobernante del Imperio Romano.

[12]Para la época en la que transcurren los evangelios, el año 33 después de Cristo, el emperador de Roma era Tiberio, el gobernador romano en Palestina, la tierra prometida, era Poncio Pilatos, los reyes de Judea, que administraban las dos regiones en las que se dividía el territorio, eran Herodes Antipas y Filipo, y el sumo sacerdote del Senedrín o junta suprema del culto religioso israelita era Caifás;

[13]en este contexto vivió Jesucristo sus últimos días, hijo del Señor y de María, esposa de José, su padrastro, que era descendiente directo de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Judá, de David, de Salomón, y de todos los reyes del Reino de Judá, por lo que Jesucristo podría haber sido el heredero de un reino de esta tierra como hijastro de José, y a la vez, heredero del reino del cielo como hijo del dios único del pueblo de Israel.

4 [1]Según el evangelio de Lucas, María y José eran muy respetuosos de las leyes del culto israelita, por ejemplo, cuando circuncidaban a su hijo y lo consagraban al Señor, ofreciendo en sacrificio un par de palomas, o cuando peregrinaban desde Galilea hasta Jerusalén todos los años para conmemorar la Pascua, por lo que se los podría considerar, al menos en esos momentos de sus vidas y desde el punto de vista jurídico, verdaderos israelitas;

[2]así mismo, y en los cuatro evangelios, está bien clara la profunda observancia de Jesucristo a las sagradas escrituras del Antiguo Testamento, y no solamente a las leyes, a la instrucción de los 5 primeros libros, ya que en su palabra citaba salmos de David, proverbios de Salomón y profecías de Isaías, y también con sus actos, como en la entrada a Jerusalén montado en un burro, interpretaba secuencias bíblicas.

[3]Se puede decir que Jesucristo era plenamente consciente de su identidad israelita, no desde el punto de vista racial, como Moisés, sino desde el punto de vista jurídico, especialmente desde el momento en el que una de las primeras cosas que le dice a la gente, en el evangelio de Mateo, es que no creyeran que había venido a suprimir la ley sino a darle su pleno valor, porque mientras existieran el cielo y la tierra no se le quitaría a la ley ni un punto ni una letra hasta que todo llegara a ser cumplido, y se refería, por supuesto, a la ley del propio Moisés;

[4]pero esto se comprueba cuando rechaza el diálogo con la mujer pagana, que Mateo dice que era cananea y Marcos, que era sirofenicia, argumentando que Dios lo había enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel, y cuando ni bien logra reunir a los 12 apóstoles les encomienda, antes que nada, que no fueran a las regiones de los paganos ni entraran en los pueblos de Samaria, ciudad a la que algunos consideraban semipagana, por como allí se habían mezclado los samaritanos con gente no israelita;

[5]y es que en vida, Jesucristo les habla como israelita a los israelitas, y cuando cura, lo hace a las ovejas sufridas del pueblo de Israel.

5 [1]Sin embargo, una vez que los sacerdotes y los maestros de la ley lo hacen matar, precisamente por haberles criticado su corrupción moral y su falta de respeto a las leyes del culto israelita, y resucita de entre los muertos, en tres de los cuatro evangelios pareciera universalizar su discurso;

[2]según Mateo le dijo a los apóstoles que fueran a las gentes de todas las naciones y las hicieran sus discípulos;

[3]según Marcos, que fueran a todo el mundo y anunciaran a todos la buena noticia;

[4]y según Lucas, que en su nombre se anunciarían a todas las naciones que se volvieran a Dios;

[5]según Juan, en cambio, les dijo que los enviaba a ellos como el padre lo había enviado a él, es decir, solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel;

[6]pero incluso, en el principio del quinto libro del Nuevo Testamento, en los Hechos de los apóstoles, redactado por Lucas, les dice que salgan a dar testimonio de él hasta en las partes más lejanas de la tierra, y esto es entendido por los apóstoles como la misión de llevar la palabra de Jesucristo a todos los paganos, a los gentiles, a los no israelitas.

[7]Y así como Moisés había dicho que no bastaba con tener el cuerpo circuncidado sino que además había que circuncidar el prepucio del corazón, el apóstol Pablo concluye que con esto último es suficiente, prescindiendo de la antigua alianza que el Señor había hecho con Abraham para que cualquier persona pudiera ser parte del pueblo de Israel, siempre y cuando cumpliera con la obediencia a los mandamientos y las leyes del Señor.

6 [1]A mediados del siglo 1 después de Cristo, en pleno auge del Imperio Romano, las probabilidades de que el Reino de Israel volviera a ser una realidad concreta en la tierra prometida, como habían anunciado los profetas, eran tantas como las de llegar a la luna;

[2]de hecho, ambos acontecimientos sucedieron recién a mediados del siglo 20;

[3]y los zelotes, una facción de las más radicales entre el pueblo de Israel, intentaron reconquistar su territorio con una rebelión, pero fueron aplastados por las fuerzas del Imperio.

[4]La estrategia, en estas condiciones, no podía ser física, debía ser espiritual;

[5]y unirse a ellos no era una opción, porque ellos adoraban a dioses inmundos, y hasta creían que el emperador era un dios;

[6]por eso, aunque no se podía con ellos, la mejor opción fue hacerlos a su imagen y semejanza, dejando bien en claro, a la vez, que siempre serían fruto silvestre de una raíz natural, y conservando la perspectiva racial de la vieja doctrina.

[7]Jesucristo había muerto en sacrificio por los pecados del mundo, y eso significaba resignar las intenciones de aquella antigua alianza de lograr un cuerpo santo, puesto que todos los cuerpos eran malos por naturaleza, eran pecadores, justificándoles cualquier tropiezo, pero también, a partir de la resurrección, que sí era posible alcanzar la santidad, el bien, a través del espíritu, es decir, del entendimiento, al que, por otra parte, se le aplicaban las penas establecidas en los casos de incumplimiento de la ley, que terminaban recayendo, de todos modos, en el cuerpo justificado;

[8]por todo esto, la ley misma seguía más vigente que nunca, y la identidad israelita, como obediencia a la voluntad del Señor, podía entonces ser adoptada por cualquiera que tuviera el espíritu suficiente para entender sus códigos, expandirse por todo el mundo, y quizás perdurar para siempre.

7 [1]En definitiva, una vez conocido el origen de las leyes, y más allá de la larga serie de abusos que las hayan instaurado, habría que saber qué es lo que ordenan y decidir en cada situación cómo accionar;

[2]salvo que se tenga demasiado miedo a eventualmente ser castigado, o que el respeto por las leyes sea tan inmenso, tan sagrado, que no permita pensar en otra cosa que en hacer lo que ellas dicen;

[3]en ambos casos, sólo quedaría obedecer.

La Buena Noticia

www.elbozaldelalogica.blogspot.com / elbozaldelalogica@gmail.com

Hay estudios bíblicos que pretenden descubrir lo que consideran la verdadera historia de lo que en la Biblia se da a conocer de un modo supuestamente falso. En el caso de mi estudio, por el contrario, la intención es mostrar cuál es la verdad según la Biblia misma, para saber esa verdad y poder pensarla. No sólo la verdad desde el punto de vista jurídico, es decir, la concepción del bien y del mal que impone la ley, sino principalmente la verdad desde el punto de vista histórico, es decir, el relato de los acontecimientos en ese contexto.

Habría que señalar también a qué verdad se está haciendo referencia en el título de este estudio de la Biblia, y para ello voy a dar como ejemplo uno de los libros más leídos de la historia de la literatura, "El principito" de Saint-Exupéry. Si yo dijera que el principito mató a la serpiente, que se la comió asada y que finalmente volvió satisfecho a su asteroide, claramente estaría mintiendo. Todo libro tiene su verdad propia, y más allá de las interpretaciones subjetivas que cada lector logre hacer de lo leído, podemos convenir en ciertos aspectos concretos de lo que ahí está escrito. Hay un concepto de verdad que pertenece a la propia naturaleza de cada texto y que no es el mismo concepto de verdad que habitualmente se asocia con el de realidad. Si yo digo, volviendo al ejemplo anterior, que en verdad la serpiente picó al principito y que este murió en el desierto, con ello no estoy afirmando también la existencia real de un principito que vivía en un asteroide cuidando una rosa y arrancando las malas hierbas de raíz para que no le invadan el territorio. Me estoy refiriendo entonces a lo que verdaderamente está escrito ahí en la Biblia y no a lo que realmente sucedió entre los orígenes del mundo y el primer siglo después de Cristo. Y es necesario, en esta ocasión, dar a conocer los acontecimientos tal y como están escritos en la Biblia, no sólo porque son el objeto de mi estudio sino además por la cantidad de versiones alternativas que transmiten constantemente los medios de comunicación, lo que sin dudas complicaría mis intenciones. Por ejemplo, en la película de animación "El príncipe de Egipto" de la empresa DreamWorks, que relata la historia de Moisés y del éxodo del pueblo del Señor, se ven varios sucesos importantes presentados de una manera distinta a como están escritos en el libro Éxodo del Antiguo Testamento, que aparentemente sería la fuente de información en la que se basaron los realizadores de la película. La infancia de Moisés, el vínculo entre su madre, su hermana y la hija del Faraón, la conciencia racial de Moisés y su relación con las autoridades egipcias, el papel de su hermano Aarón en la liberación de los israelitas, y aun la fallida presentación de las tablas de la ley ante un pueblo infiel, se muestran de un modo en el libro y de otro modo en

la película. Considerando que mi estudio está centrado en las sagradas escrituras y no en los guiones de Hollywood, y considerando la posibilidad de que algunos de los millones de espectadores que vieron esta película, u otras semejantes, no hayan tenido la oportunidad de comprobar la información en las páginas de la Biblia, ya sean creyentes en el Señor o en teorías más científicas, es para mí fundamental exponer primeramente los verdaderos acontecimientos bíblicos para luego sí generar mis cuestionamientos.

La edición está dividida en párrafos con sentido propio, como unidades de contenido, que tienen el formato bíblico de capítulos y versículos. Y me tomé especialmente el trabajo de buscarle a cada una de esas unidades de contenido su referencia en la Biblia, o sea, la fuente de información de donde surge ese dato que estoy señalando, porque me encontré con muchas cosas comúnmente desconocidas y pensé que si no dejaba al menos señalada la referencia bíblica correspondiente iban a creer que estaba delirando y escupiendo falsedades como un demonio. Por eso, se pueden ver subtituladas, a la derecha de la imagen, las respectivas referencias bíblicas de cada cosa que se va diciendo para que cualquiera pueda indagar en dicha fuente de información y verificar el testimonio, y a la izquierda de la imagen, también subtitulados, van apareciendo los capítulos y los versículos de cada uno de los seis libros de mi estudio, "Historia de la verdad bíblica".

Dice Ismael Meribá que "si hay algo peor que obedecer ciegamente al Señor es llegar a cumplir casi todas sus órdenes creyendo renegar de su palabra".

Se viene operando, desde hace tiempo, una restauración de las leyes del Señor, en ocasiones mediante el culto a su existencia pero también a través de filosofías no específicamente religiosas que, sin embargo, terminan obedeciendo las normas morales del dios único del pueblo de Israel, introducido en el territorio europeo por los apóstoles cristianos a partir del primer siglo de la nueva era y por los conquistadores católicos en el territorio americano a partir del siglo 16 después de Cristo.

¿Para negar a Dios es suficiente con afirmar la teoría de la evolución de las especies? Por otro lado, ¿para adorar al Señor, basta con saber que es amor, que vive en el cielo, y que inventó el mundo en seis días y después descansó? ¿Por qué no conocer en profundidad la historia de la verdad bíblica para luego decir que sí o que no en base a fundamentos más sólidos?

Rene Mostrenco

Referencias

Los números en letra negrita indican los capítulos y los versículos correspondientes a cada una de las secciones de este estudio.

Después de la lluvia

1:1 Gn 1:1-31, **1:2** Gn 2:15-17 Gn 3:1-24, **1:4** Gn 6:5-7, **1:5** Gn 6:9-22 Gn 7, **1:6** Gn 8:1-18, **2:1** Gn 9:18, **2:3** Gn 9:21, **2:4** Gn 9:22, **2:5** Gn 9:23, **2:6** Gn 9:24-27, **3:1** Gn 11:10-24 Gn 11:31, **3:2** Gn 11:31-32, **3:3** Gn 12:1-2, **3:4** Gn 12:4-5, **3:5** Ex 21:2-11 Dt 15:12-18, **3:6** Gn 12:6-8, **4:1** Gn 12:10, **4:3** Gn 12:11-13 Gn 20:12, **4:4** Gn 12:15-16, **4:5** Gn 12:17-20, **5:1** Gn 15:1, **5:2** Gn 15:2-3, **5:3** Gn 15:5, **5:4** Gn 16:1-2 Gn 16:15, **5:5** Gn 17:4-14, **5:6** Gn 17:23, **6:1** Gn 18:1-14 Gn 21:1-3, **6:2** Gn 22:1-2, **6:3** Gn 22:3-12, **6:4** Gn 22:15-18, **7:1** Gn 24:1-4, **7:2** Gn 24:9-15, **7:3** Gn 24:61-67, **7:4** Lv 18:6-18, **7:5** Nm 25:1-9 Nm 36:1-12 Esd 10, **8:1** Gn 26:12-13, **8:2** Gn 26:14, **8:3** Gn 26:19-22, **8:4** Gn 26:26-31, **8:5** Gn 25:21 Gn 25:24, **8:6** Gn 25:22-23, **8:7-8** Gn 25:27-28, **9:1** Gn 27:1-4, **9:2** Gn 27:5-10, **9:3** Gn 27:14-29, **9:4** Gn 27:30-40, **9:5** Gn 27:41, **9:6** Gn 27:42-45 Gn 28:1-2, **10:1** Gn 28:10-15, **10:2** Gn 28:20-22, **10:3** Gn 31:38-42, **10:4** Gn 29:16-30, **10:5** Gn 30:1-24 Gn 35:16-18 Gn 29:31-35, **11:1** Gn 30:43 Gn 31:17-18, **11:2** Gn 32:3-21 Gn 33:1-4, **11:3** Gn 32:22-24, **11:4** Gn 32:26, **11:5** Gn 32:28-29, **11:6** Gn 35:9-12, **11:7** Gn 49:1-28 Nm 1:20-46, **11:8** 2S 1-24 1R 1-11

La gran entrada en Egipto

1:1 Ex 12:40-41, **1:3** Gn 47:27, **2:1** Gn 37:2-3, **2:2** Gn 30:22-24 Gn 29:30, **2:3** Gn 37:2, **2:4** Gn 37:5-10, **2:5-6** Gn 37:16-24, **2:7** Gn 37:25-28, **2:8** Gn 37:31-35, **3:1** Gn 37:36, **3:2** Gn 39:2-4, **3:3** Gn 39:7-20, **3:4** Gn 39:20-23, **3:5** Gn 41:1-8, **3:6** Gn 41:9-13, **3:7** Gn 41:14-32, **3:8** Gn 41:33-36, **3:9** Gn 41:37-41, **4:1** Gn 41:47-49 Gn 41:53-54, **4:2** Gn 41:56-57, **4:3** Gn 42:1-4, **4:4-5** Gn 42:6-9, **4:6** Gn 42:10-13, **4:7** Gn 42:19-20, **4:8** Gn 42:29-38, **4:9** Gn 43:1-14, **5:1** Gn 43:15-34, **5:2** Gn 44:1-10, **5:3** Gn 44:11-34, **5:4-5** Gn 45:1-13, **5:6** Gn 45:16-20 Gn 47:6, **5:7** Gn 47:1-6 Gn 47:27, **6:1** Gn 47:13, **6:2** Gn 47:14-17, **6:3** Gn 47:18-19, **6:4** Gn 47:20-21, **6:5** Gn 47:22, **6:6** Gn 47:26, **6:7** Gn 50:22-23 Gn 47:23-25

La ley del desierto

1:2 Gn 47:13-26, **1:4** Gn 17:1-14, **2:2** Ex 1:6-7, **2:3** Ex 1:8-16, **3:1** Ex 2:1-3, **3:2** Ex 2:4, **3:3** Ex 2:5, **3:4** Ex 2:6-7, **3:5** Ex 2:8-9, **3:6** Ex 2:9-10, **4:1** Ex 2:11, **4:2** Ex 2:11-12, **4:3** Ex 2:13, **4:4** Ex 2:14, **4:5** Ex 2:14-15, **5:1** Ex 2:16-22 Ex 3:1-4, **5:2** Ex 3:6-8, **5:3** Ex 3:8 Ex 3:12, **5:4** Ex 3:18, **5:5** Ex 4:21-23, **5:6** Ex 7:14-24 Ex 8-11, **5:7** Ex 12:29-30, **5:8** Ex 12:31-32, **6:2** Ex 1:8-16, **6:3** Ex 1:13 Ex 12:33, **6:4** Ex 12:29-30, **6:5** Gn 15:18-21, **6:6** Ex 4:21, **6:7** Gn 1:1-31 Ex 6:1, **6:9** Jos 7:11-12, **6:10** 2S 8:1-14 2R 24-25, **7:1-2** Ex 12:37-41 Ex 12:1-28 Ex 12:43-51 Ex 13:1-16, **7:3** Ex 3:8, **7:4** Gn 17:9-14, **7:5** Ex 13:17-18, **7:6** Ex 14:1-8, **7:7** Ex 14:21-30, **8:1** Ex 15:22, **8:2-3** Ex 15:23-25, **8:4** Ex 15:25-26, **8:5** Ex 15:27, **8:6** Ex 16:1-2, **8:7** Ex 16:3, **8:8** Ex 16:12-15 Ex 16:31 Nm 11:7-9, **8:9** Ex 16:21-23 Ex 20:8-11 Ex 31:12-17 Dt 5:12-15, **8:10** Ex 16:29, **9:1** Ex 18:5-6, **9:2** Ex 18:1 Ex 18:13-18, **9:3** Ex 18:19-22, **9:4** Ex 18:24-26, **10:1** Ex 19:2-6, **10:2** Ex 19:7-8, **10:3** Ex 19:16-18, **10:4** Ex 20:1-17 Ex 20:22-26 Ex 21-22 Ex 23:1-19, **10:5** Ex 23:20-28, **10:6** Ex 24:9-11, **11:1** Ex 24:12-18, **11:2** Ex 25-30, **11:3** Ex 32:1, **11:4** Ex 32:2-4, **11:5** Ex 32:6, **11:6** Ex 32:7-8, **11:7** Ex 32:19-20, **11:8** Ex 32:25-27, **11:9** Ex 32:28-29, **11:11** Ex 39:32-43 Ex 33:1-3

Una tribu sagrada

1:1 Ex 18:19-22 Ex 24:9-11, **1:2-3** Nm 4:1-33 Nm 8:5-26 Nm 25:6-13 Dt 33:8-11, **2:1** Lv 1:1, **2:2-3** Lv 1-7, **2:4** Lv 8-9, **2:5** Lv 11-26, **3:1** Nm 1:1-4, **3:2** Nm 1:44-46 Nm 2:32-34, **3:3** Ex 23:20-28 Nm 13:1-24, **3:4** Nm 13:25-28, **3:5** Nm 13:30-31, **3:6** Nm 14:1-3, **3:7** Nm 14:6-10, **3:8-9** Nm 14:22-35, **4:1-2** Nm 16:1-3, **4:3** Nm 16:4-7, **4:4** Nm 16:18-35, **4:5** Nm 16:41, **4:6** Nm 16:43-49, **5:1** Nm 18:2-7, **5:2** Nm 18:8-32, **5:3** Nm 25:6-13

El ejército del Señor

1:1 Nm 20:1 Dt 2:1 Dt 2:14, **1:2** Nm 14:22-35 Dt 2:14-15, **1:3** Nm 2:1-32 Nm 14:31, **2:1** Nm 21:1, **2:2** Nm 21:2, **2:3** Nm 21:3, **2:4** Nm 21:21-22, **2:5** Nm 21:23-25, **2:6** Nm 21:33-34, **2:7** Nm 21:35, **3:1** Nm 25:1, **3:2** Nm 25:2-3, **3:3** Nm 25:6-9, **3:4** Nm 25:11-13, **3:5** Nm 25:17-18 Nm 31:1-2, **3:6** Nm 31:3-6, **3:7** Nm 31:7-10, **3:8** Nm 31:11-16, **3:9** Nm 31:17-18 Nm 31:25-27, **3:10** Nm 31:32-35, **4:1-2** Nm 20:2-12 Nm 27:12-14 Dt 32:48-52, **4:3** Nm 27:15-22 Dt 31:1-8 Jos 1:1-9, **4:4** Dt 1-34, **5:1** Jos 1-12, **5:2** Jos 11:16-20, **5:3** Jos 14-19 Jos 13:8-32, **5:4** Jos 11:23

La identidad de los israelitas

1:1 Gn 6:9-10 Gn 11:10-26 Gn 12:1-3 Gn 17:4-8, **1:2** Gn 26:1-5 Gn 28:10-15 Gn 35:9-12 Ex 1:7, **1:3** Nm 14:27-35 Ex 2:11-13 Ex 20:12 Dt 27:16, **1:4** Dt 21:18-21, **2:1** Gn 17:7-14, **2:2** Dt 10:16, **2:3** Mt 5:8, **3:2** Gn 12:6, **3:3** Ex 3-14 Jos 1-12, **3:4** Jue 3-16, **3:5** 1S 8-31 2S 1-24 1R 1-11, **3:6** 1R 12-22 2R 1-25, **3:7** 2R 24-25, **3:8** Esd 1-10 Neh 1-13 Est 1-10, **3:11** Lc 2:1-7, **3:12** Lc 3:1-2 Mt 27:1-2 Mt 26:57 Mt 14:1-4, **3:13** Mt 1:18-25 Mt 1:1-16, **4:1** Lc 2:21-24 Lc 2:39 Lc 2:41, **4:2** Mt 27:46 Sal 22:1 Mt 5:44 Pr 25:21 Mt 5:34-35 Is 66:1 Mt 21:5 Zac 9:9, **4:3** Ex 2:11-13 Mt 5:17-18, **4:4** Mt 15:21-28 Mc 7:24-30 Mt 10:5-6 Jn 4:7-9 Eclo 50:25-26, **5:1** Mt 27:1-2 Mc 15:1 Mt 23:2-36 Mt 28:5-7, **5:2** Mt 28:19, **5:3** Mc 16:15, **5:4** Lc 24:47, **5:5** Jn 20:21 Mt 15:24, **5:6** Hch 1:8 Hch 10:34-35 Hch 11:1-18, **5:7** Dt 10:16 Ro 2:25-29, **6:1** Is 60:1-22 Ez 36 Zac 14, **6:6** Ro 11:17-24 Ef 2:11-22, **6:7-8** Ro 3:21-31 Ro 6-7 Ro 8:1-13, **7:2** Lv 20 Lv 26:14-43

"Así sabrán lo que es ponerse en contra de mí." (Nm 14:34)

"No dirás que está todo bien si en algo no estás de acuerdo." (Ismael Meribá)

"La historia de las diversas formas de racionalidad resulta a veces más efectiva para quebrantar nuestras certidumbres y nuestro dogmatismo que la crítica abstracta. Durante siglos, la religión no ha podido soportar que se narrara su propia historia." (Michel Foucault)

www.elbozaldelalogica.blogspot.com